18

DISCURSOS

QUE CAMBIARON LA HISTORIA

John Fitzgerald Kennedy

20 DE ENERO DE 1961

DISCURSO DE INAUGURACION DE SU PRESIDENCIA



Página/12

"Debe ser posible, a corto plazo, que todo estadounidense pueda disfrutar de los privilegios de ser estadounidense sin importar su raza o color. A corto plazo, todo estadounidense debe tener el derecho de ser tratado como le gustaría ser tratado, como a uno le gustaría que trataran a sus hijos."

DISCURSO DE JOHN F. KENNEDY SOBRE LOS DERECHOS CIVILES, 11 DE JUNIO DE 1963.

"Y así, mis compatriotas estadounidenses, no se pregunten lo que su país puede hacer por ustedes; pregúntense lo que ustedes pueden hacer por su país. Mis compatriotas ciudadanos del mundo, no pregunten lo que Estados Unidos puede hacer por ustedes, sino lo que juntos podemos hacer por la libertad del hombre".

ESTA CITA FAMOSA DE SU DISCURSO ESTÁ REPRODUCIDA EN EL MEMORIAL CERCA DE LA TUMBA DE JOHN F. KENNEDY, EN EL CEMENTERIO DE ARLINGTON.

Las últimas palabras de su discurso inaugural fueron: “Si una sociedad libre no puede ayudar a los muchos que son pobres, tampoco puede salvar a los pocos que son ricos”.
El historiador Arthur M. Schlessinger Jr., uno de los asesores de Kennedy, refiere que aquel mismo día, mientras el flamante presidente contemplaba el desfile de su consagración, de pronto se mostró algo inquieto. “Al notar que no había negros en el contingente de los guardacostas, pidió una explicación inmediata y le chocó que no hubiera estudiantes negros en la Academia de Guardacostas, condición que ordenó cambiar enseguida.”

Discursos que cambiaron la historia / compilado por Liliana Viola.
1a ed. - Buenos Aires - La Página, 2007.
16 p. ; 28x20 cm.
ISPN 978-987-503-456-3
1. Política Argentina. I. Viola, Liliana, comp.
CDD 320.82
Fecha de catalogación: 05/09/2007

Dirección general: Hugo Soriani
Autora: Liliana Viola
Rumbo de diseño: Alejandro Ros
Diagramación: Juliana Rosato
Coordinación general: Víctor Vigo

JOHN F. KENNEDY 2

Los discursos de esta colección han sido tomados de *Los discursos del poder,* de Liliana Viola. Ed. Norma, Bs. As., 2001.

EL ARTE DEL SLOGAN



Si bien Kennedy pertenece a una época en la que los discursos de los presidentes se han convertido en un producto elaborado por un equipo de expertos --escritores, publicistas y asesores varios--, su capacidad de oratoria agregaba a este team, la magia necesaria. Llegó a figurar en el *Libro Guinness* por su capacidad para hablar a gran velocidad –327 palabras por minuto en un discurso de diciembre de 1961--. A esta proeza habría que agregar la capacidad de generar frases memorables, futuros slogans, que quedaban flotando en el recuerdo popular contribuyendo al mito de este hombre perfecto, hecho a imagen y semejanza del sueño americano. Un ejemplo de estas ocurrencias es aquel discurso que dio en Berlín Occidental el 26 de junio de 1963 en el que dijo "yo también soy un berlinés" que pasó a la historia. Frase por la cual el orador asume la debilidad y la identidad de su auditorio. Más tarde, este recurso de colocarse en el lugar de quienes se trata de captar ha sido usada en numerosas campañas de toda índole. En aquella ocasión Kennedy decía así:

"Hace dos mil años era un orgullo decir *civis romanus sum*. Hoy, en el mundo de la libertad, uno puede estar orgulloso de decir *Ich bin ein Berliner* [...] Todos los hombres son libres, donde quiera que vivan, son ciudadanos de Berlín, y, por ello, como un hombre libre, estoy orgulloso de decir: *'Ich bin ein Berliner!'*"

Según cuenta en sus propias memorias se le ocurrió a él mismo cuando estaba subiendo al balcón del Rathaus Schöneberg. Le vino a la memoria la antigua frase “civis romanus sum” utilizada por los romanos. Se acercó a su intérprete, Robert H. Lochner, para que le tradujera la frase "I am a Berliner" y para que lo ayudara con su pronunciación, escribiendo rápidamente en una hoja no sólo la frase sino su versión fonética. Casi el 83% de la población berlinesa se encontraba en las calles cuando Kennedy dijo aquello. Después cuentan que él mismo, impresionado por el efecto de aquellas líneas, confesó a quienes lo acompañaban: "Nunca tendremos otro día como éste".



DISCURSO DE TOMA DE POSESIÓN DEL PRESIDENTE JOHN F. KENNEDY, PRONUNCIADO EL 20 DE ENERO DE 1961.

Compatriotas:

Celebramos hoy no la victoria de un partido, sino un acto de libertad –simbólico de un fin tanto como de un comienzo– que significa una renovación a la par que un cambio, pues ante ustedes y ante Dios Todopoderoso he prestado el solemne juramento concebido por nuestros antepasados hace casi 165 años.

El mundo es muy distinto ahora. Porque el hombre tiene en sus manos poder para abolir toda forma de pobreza y para suprimir toda forma de vida humana. Y, sin embargo, las convicciones revolucionarias por las que lucharon nuestros antepasados siguen debatiéndose en todo el globo; entre ellas, la convicción de que los derechos del hombre provienen no de la generosidad del Estado, sino de la mano de Dios.

No olvidemos hoy día que somos los herederos de esa primera revolución. Que sepan desde aquí y ahora, amigos y enemigos por igual, que la antorcha ha pasado a manos de una nueva generación de estadounidenses, nacidos en este siglo, templados por la guerra, disciplinados por una paz fría y amarga, orgullosos de nuestra herencia, y no dispuestos a presenciar o permitir la lenta desintegración de los derechos humanos a los

que esta nación se ha consagrado siempre, y a los que estamos consagrados hoy aquí y en todo el mundo.
Que sepa toda nación, quiéranos bien o quiéranos mal, que por la supervivencia y el triunfo de la libertad hemos de pagar cualquier precio, sobrellevar cualquier carga, sufrir cualquier penalidad, acudir en apoyo de cualquier amigo y oponernos a cualquier enemigo.

Todo esto prometemos, y mucho más.

A los viejos aliados con los que compartimos el origen cultural y espiritual, les brindamos la lealtad de los amigos fieles. Unidos, es poco lo que no nos es dado hacer en un cúmulo de empresas cooperativas; divididos, es poco lo que nos es dado hacer, pues reñidos y distanciados no osaríamos hacer frente a un reto poderoso.

A aquellos nuevos Estados que ahora acogemos con beneplácito en las filas de los libres, prometemos nuestra determinación de no permitir que una forma de dominación colonial desaparezca solamente para ser reemplazada por una tiranía harto más férrea.

No esperaremos que secunden siempre nuestro punto de vista, pero abrigaremos siempre la esperanza de verlos defendiendo vigorosamente su propia libertad, y recordando que, en el pasado, los que insensatamente se entregaron a buscar el poder cabalgando a lomo de tigre, acabaron

invariablemente por ser devorados por su cabalgadura.

A los pueblos de las chozas y aldeas de la mitad del globo que luchan por romper las cadenas de la miseria de sus masas, les prometemos nuestros mejores esfuerzos para ayudarlos a ayudarse a sí mismos, por el período que sea preciso, no porque quizás lo hagan los comunistas, no porque busquemos sus votos, sino porque es justo. Si una sociedad libre no puede ayudar a los muchos que son pobres, no podrá salvar a los pocos que son ricos.

A nuestras hermanas repúblicas allende nuestra frontera meridional les ofrecemos una promesa especial: convertir nuestras buenas palabras en buenos hechos mediante una nueva Alianza para el Progreso; ayudar a los hombres libres y los gobiernos libres a despojarse de las cadenas de la pobreza. Pero esta pacífica revolución de esperanzas no puede convertirse en la presa de las potencias hostiles. Sepan todos nuestros vecinos que nos sumaremos a ellos para oponernos a la agresión y la subversión en cualquier parte de las Américas. Y sepa cualquier otra potencia que este hemisferio se propone seguir siendo el amo de su propia casa.

A esa asamblea mundial de Estados soberanos, las Naciones Unidas, que es nuestra última y mejor esperanza de una era en que los instrumentos de guerra han sobrepasado, con mucho, a los instrumentos de paz, renovamos nuestra promesa de apoyo, para evitar que se convierta en un simple foro de injuria, para fortalecer la protección que presta a los nuevos y a los débiles, y para ampliar la extensión a la que pueda llegar su mandato.

Por último, a las naciones que se erijan en nuestros adversarios, les hacemos no una promesa sino un requerimiento: que ambas partes empecemos de nuevo la búsqueda de la paz, antes de que las negras fuerzas de la destrucción desencadenadas por la ciencia sumen a la humanidad entera en su propia destrucción, deliberada o accidental.

No les tentemos con la debilidad, porque sólo cuando nuestras armas sean suficientes sin lugar a dudas, podremos estar seguros de que no se utilizarán jamás. Pero tampoco es posible que dos grandes y poderosos grupos de naciones puedan sentirse tranquilos en una situación presente que nos afecta a ambos, agobiadas ambas partes por el costo de las armas modernas, justamente alarmadas ambas por la constante difusión del mortífero átomo, y compitiendo, no obstante, por alterar el precario equilibrio de terror que contiene la mano de la postrera guerra de la humanidad.

Empecemos, pues, de nuevo, recordando en ambas partes que la civilidad no es indicio de debilidad, y que la sinceridad puede siempre ponerse a prueba. No negociemos nunca por temor, pero no tengamos nunca temor a negociar.

Exploremos ambas partes qué problemas nos unen, en vez de insistir en los problemas que nos dividen.

Tratemos ambas partes de invocar las maravillas de la cien-

cia, en lugar de sus terrores. Exploremos juntos las estrellas, conquistemos los desiertos, extirpemos las enfermedades, aprovechemos las profundidades del mar y estimulemos las artes y el comercio.

Que ambos bandos nos unamos para acatar en todos los ámbitos de la Tierra el mandamiento de Isaías: "Desmantelar las pesadas cargas... y dejar libres a los oprimidos".

Y si con la cabeza de playa de la cooperación es posible despejar las selvas de la suspicacia, que ambas partes nos unamos para crear un nuevo empeño, no un nuevo equilibrio de poder, sino un nuevo mundo bajo el imperio de la ley, en el que los fuertes sean justos, los débiles se sientan seguros y se preserve la paz.

No se llevará a cabo todo esto en los primeros 100 días. Tampoco se llevará a cabo en los primeros 1000 días, ni en la vida de este gobierno, ni quizá siquiera en el curso de nuestra vida en este planeta. Pero empecemos.

En sus manos, compatriotas, más que en las mías, está el éxito o el fracaso definitivo de nuestro empeño. Desde que se fundó este país, cada generación de estadounidenses ha debido dar fe de su lealtad national. Las tumbas de los jóvenes estadounidenses que respondieron al llamado de la patria circundan el globo.

Los clarines vuelven a llamarnos. No es una llamada a empuñar las armas, aunque armas necesitamos; no es una llamada al combate, aunque combate entablemos, sino una llamada a sobrellevar la carga de una larga lucha año tras año, "gozosos en la esperanza, pacientes en la tribulación": una lucha contra los enemigos comunes del hombre: la tiranía, la pobreza, la enfermedad y la guerra misma.

¿Podremos forjar contra estos enemigos una alianza grande y global al norte y al sur, al este y al oeste, que pueda garantizar una vida fructífera a toda la humanidad?
¿Quieren participar en esta histórica empresa?

Sólo a unas cuantas generaciones, en la larga historia del mundo, les ha sido otorgado defender la libertad en su hora de máximo peligro. No rehúyo esta responsabilidad. La acepto con beneplácito. No creo que ninguno de nosotros se cambiaría por ningún otro pueblo ni por ninguna otra generación. La energía, la fe, la devoción que pongamos en esta empresa iluminará a nuestra patria y a todos los que la sirven, y el resplandor de esa llama podrá en verdad iluminar al mundo.

Con una conciencia tranquila como nuestra única recompensa segura, con la historia como juez supremo de nuestros actos, marchemos al frente de la patria que tanto amamos, invocando su bendición y su ayuda.

Así pues, compatriotas: pregúntense no lo que su país puede hacer por ustedes, sino lo que ustedes pueden hacer por su país.

Conciudadanos del mundo: pregúntense no qué pueden hacer por ustedes Estados Unidos de América, sino qué podremos hacer juntos por la libertad del hombre.

Finalmente, ya sean ciudadanos estadounidenses o ciudadanos del mundo, soliciten de nosotros la misma medida de fuerza y sacrificio que hemos de solicitar de ustedes. Con una conciencia tranquila como nuestra única recompensa segura, con la historia como juez supremo de nuestros actos, marchemos al frente de la patria que tanto amamos, invocando su bendición y su ayuda, pero conscientes de que aquí en la tierra la obra de Dios es realmente la que nosotros mismos realicemos.

EL PERSONAJE CRONOLOGÍA

1917 Nació el 29 de mayo en Brookline (Massachusetts), el segundo de los nueve hijos de Rose Fitzgerald y Joseph Patrick Kennedy. Estaba en formación el clan Kennedy que hasta nuestros días tiene influencia en la política americana. El padre era un financiero que durante tres años fue embajador en el Reino Unido durante la presidencia de Franklin D. Roosevelt. Fue el creador de un imperio económico a partir del patrimonio heredado de su abuelo Patrick, de origen irlandés. La inmensa fortuna provenía de inversiones en la industria cinematográfica, el negocio del alcohol en los tiempos de la Ley Seca o el alquiler de viviendas populares. Como fundador de una dinastía política y económica, preparó al primogénito para asumir en el futuro altos cargos en la administración norteamericana. A la muerte de éste, la esperanza se depositó en John.

1918-1926: En Brookline siguió sus estudios en el colegio público Edward Devotion School y luego en un colegio privado para varones, Noble and Greenough.

1927 La familia se mudó a una mansión de 20 habitaciones en Riverdale, en el barrio del Bronx de la ciudad de Nueva York.

1929 La familia se volvió a mudar. Esta vez a una casa más grande, una mansión de 21 habitaciones en un campo de Bronxville, Nueva York.

1929 Fue scout hasta 1931. Estudió en el colegio privado Riverdale Country School, un colegio exclusivo y para varones en Riverdale.

1930 Lo enviaron como pupilo al internado de varones Canterbury School para cursar su octavo grado. Fue un niño bastante enfermizo que debió someterse a operaciones –apendicitis estuvo entre las primeras– e internaciones varias que luego se darían a lo largo de su vida.

1935 Apenas seis semanas estudió en la Universidad de Princeton ya que debió interrumpir por problemas de salud.

1936 Se matriculó para cursar su primer año en la Universidad de Harvard.

1938 Viajó con su padre y su hermano Joe en el "SS Normandie" para trabajar el mes de julio en la embajada estadounidense en Londres. Su padre había sido nombrado embajador de Estados Unidos ante la Corte de St. James por el presidente Franklin D. Roosevelt. En agosto fueron juntos a una villa cercana a Cannes. Desde febrero hasta septiembre de 1939, Kennedy recorrió Europa, la Unión Soviética, la Península Balcánica y Oriente Medio para reunir información para su tesis en Harvard. Pasó los últimos diez días de agosto en Checoslovaquia y Alemania antes de regresar a Londres el 1° de septiembre de 1939, justo el mismo día en que ocurrió la invasión alemana a Polonia.

1939 En la Strangers Gallery de la Cámara de los Comunes escuchó discursos de apoyo a la declaración de guerra del Reino Unido a Alemania. Fue enviado por su padre como su representante para ayudar en las gestiones para socorrer a los sobrevivientes estadounidenses del "SS Athenia".

1940 Completó su tesis "Appeasement in Munich" sobre la participación del Reino Unido en los Acuerdos de Múnich. Su padre lo convenció para que la publicara en un libro. Se graduó *cum laude* en Harvard con un título en Relaciones Internacionales en junio de 1940, y en julio del mismo año su tesis fue publicada con el título *¿Por qué Inglaterra se durmió? (Why England Slept?)* que se convirtió en best seller.
Asistió a clases en el Stanford



Graduate School of Business. Participó en la II Guerra Mundial como oficial de Marina.

1941 Colaboró en la redacción de las memorias de embajador de su padre. Viajó por América del Sur. Terminada la Segunda Guerra Mundial, Kennedy consideró la idea de hacerse periodista. En los años anteriores a la guerra no había pensado en la política, ya que su familia había depositado sus esperanzas en su hermano mayor, Joseph P. Kennedy Jr. Pero Joseph falleció en la Segunda Guerra Mundial y el lugar vacío lo convocó.

1946 Inició su carrera política al conseguir un puesto de congresista por el estado de Massachusetts (se sabe que fue su padre quien estuvo detrás de su nominación). Kennedy representó al estado de Massachusetts como miembro de la Cámara de Representantes desde 1947 hasta 1953. Sus votos a las distintas iniciativas no se ajustaron a una tendencia fija, y frecuentemente diferían de la posición del presidente Harry S. Truman y de la del resto del Partido Demócrata.

1947 Se le diagnosticó la enfermedad de Addison (una deficiencia hormonal muy rara) por Sir Daniel Davis en The London Clinic. Este y otros problemas médicos fueron mantenidos en secreto para el públi-

co y para la prensa durante toda la vida de Kennedy.

1952 Venció al candidato republicano Henry Cabot Lodge Jr. en la elección por el cargo de Senador de los EE.UU. Conoce a su futura esposa Jacqueline Lee Bouvier, periodista del *Washington Times Herald*. El papel de su mujer, con quien tuvo dos hijos, fue fundamental en su carrera política, ya que contribuyó en su imagen de hombre de familia. Incluso tras la muerte de John, la figura de Jacqueline jugó un papel simbólico desde su estilo, su aire de realeza hierática y a su vez madre ejemplar en la sociedad norteamericana.

1953 Fue electo senador, cargo que mantiene hasta 1961 cuando resulta electo presidente.
Se casó el 12 de septiembre de 1953. Durante los dos años siguientes se sometió a varias operaciones por sus problemas de columna vertebral. Llegó a estar en las puertas de la muerte (recibió entonces el sacramento de la extremaunción, como haría cuatro veces en su vida). Durante su convalecencia escribió *Profiles in Courage*, libro en el que describe ocho situaciones en las que senadores de EE.UU. arriesgaron sus carreras por mantenerse firmes en sus convicciones y creencias personales. El libro fue premiado en 1957 con el premio Pulitzer a la mejor biografía.

1956 Se postuló para la candidatura de vicepresidente en su partido, pero es superado por el senador Estes Kefauver de Tennessee. Aún así, Kennedy adquirió notoriedad nacional.

1957 Como senador votó la aprobación final de la Ley de Derechos Civiles que protegía algunos derechos de las minorías, particularmente el derecho efectivo al voto de los negros en los estados sureños.

UN PROGRESISMO A LA KENNEDY

El senador republicano por Wisconsin Joseph McCarthy, principal responsable de la caza de brujas anticomunista de principios de los años '50, fue un gran amigo de la familia Kennedy. Joe Kennedy apoyó siempre a McCarthy. Robert F. Kennedy trabajó para el subcomité de McCarthy, y McCarthy estuvo relacionado sentimentalmente con Patricia Kennedy. En 1954, cuando el Senado estudiaba condenar al senador de Wisconsin, John Kennedy redactó un discurso censurando a McCarthy, pero nunca lo entregó. El 2 de diciembre de 1954 el senador Kennedy se encontraba en el hospital cuando el Senado comunicó su altamente publicitada decisión de censurar a McCarthy. Aunque ausente, Kennedy pudo haber influido en la decisión, pero optó por no hacerlo y nunca indicó cómo hubiera votado. Este episodio dañó severamente el apoyo a Kennedy en la comunidad más progresista, especialmente de Eleanor Roosevelt, incluso en la elección de 1960.

Aunque también es cierto que antes había votado a favor de una enmienda que limitaba la capacidad de los tribunales para perseguir los incumplimientos de tales derechos civiles.

1958 Fue reelegido como senador por un segundo período, derrotando por amplio margen a su oponente republicano, el abogado bostoniano Vincent J. Celeste.
Su hermano Robert dirigió su campaña.

1960 Elegido en 1960, se convirtió en el segundo presidente más joven de su país, después de Theodore Roosevelt. Fue el primer presidente católico. Ejerció desde 1961 hasta su asesinato.

1961 Desde el inicio de su presidencia intentó marcar un nuevo estilo, incluyendo en su gabinete a importantes hombres de negocios como Dean Rusk y Robert S. McNamara, que estaban fuera de la política, así como a jóvenes académicos como McGeorge Bundy y Arthur M. Schlesinger Jr.
Autorizó la invasión de Bahía de Cochinos en Cuba, un intento de desembarco hecho por exiliados cubanos apoyados por la CIA. La operación terminó en un desastre y el prestigio de Kennedy resultó muy afectado. La Revolución Cubana y la situación en los países latinoamericanos le parecieron razones para promulgar su Alianza por el Progreso, un programa económico que tenía el objetivo de promover el desarrollo en

América latina y combatir así la influencia que tenía el comunismo encarnado en los ideales revolucionarios cubanos.
El fracaso en Bahía de Cochinos llevó al líder soviético Nikita Kruschev a interpretar que Kennedy tenía una postura débil y en la Cumbre de Viena de 1961, la URSS adoptó una actitud dura. La presencia de misiles de mediano alcance con capacidad nuclear en Cuba fue considerada una amenaza directa a la seguridad de Estados Unidos y Kennedy no dudó en declarar una “cuarentena” o bloqueo a la isla, además de exigir el inmediato retiro de los misiles.

1963 Durante su gobierno, además de la invasión de Bahía de Cochinos, tuvo lugar la crisis de los misiles de Cuba, la construcción del Muro de Berlín, el inicio de la carrera espacial, la consolidación del Movimiento por los Derechos Civiles en Estados Unidos, así como los primeros eventos de la Guerra de Vietnam.
Fue asesinado el 22 de noviembre en Dallas, Texas, Estados Unidos. Lee Harvey Oswald fue acusado y detenido, pero fue asesinado dos días después por Jack Ruby, por lo que no fue posible someterlo a juicio. La Comisión Warren concluyó que Oswald había actuado solo en el asesinato. Sin embargo, el Comité Selecto de la Cámara sobre Asesinatos estimó en 1979 que podría existir una conspiración en torno a su asesinato. El tema ha sido muy debatido y existen múltiples teorías sobre el magnicidio.

CON LA AYUDA DE DIOS

"Al contrario de lo que los periódicos señalan, yo no soy el candidato católico a presidente. Soy el candidato del Partido Demócrata a presidente, que resulta que también es católico. No hablo por mi Iglesia en temas públicos y la Iglesia no habla por mí. [...] Pero si alguna vez llegara el tiempo –y yo no creo que tal conflicto sea remotamente posible– cuando el cargo requiera o que viole mi conciencia o que viole el interés nacional, entonces renunciaré al cargo; y espero que cualquier servidor público cuerdo haga lo mismo. (…)
Pero si esta elección se decide, basándose en que 40 millones de estadounidenses perdieron su oportunidad de ser presidentes el día que los bautizaron, entonces será toda la nación la perdedora ante los ojos de católicos y no católicos de todo el mundo, y ante los de la historia y ante los ojos de nuestro propio pueblo.
Pero, en cambio, si yo ganara esta elección, dedicaré cada esfuerzo de mi mente y de mi espíritu a cumplir con el juramento de la presidencia, prácticamente idéntico, podría añadir, al que he prestado durante catorce años en el Congreso. Porque, sin reservas, puedo decir, y cito, que "juro solemnemente que desempeñaré fielmente el cargo de presidente de Estados Unidos y que preservaré, protegeré y defenderé la Constitución, con la ayuda de Dios".

Discurso de John F. Kennedy ante la Asociación Ministerial de Houston, 12 de septiembre de 1960. Era la primera vez que se presentaba como candidato un católico. La religión de Kennedy se convirtió en un tema de campaña, tanto a favor como en contra. Muchos argumentaban que recibiría órdenes del Papa.

POLITICA Y POESIA

El poeta Robert Frost estuvo invitado el día de la inauguración presidencial; había escrito especialmente un poema para celebrar el comienzo de esta nueva etapa. Pero cuando llegó el momento de leerlo en voz alta por una mala combinación entre sus 85 años y un rayo de sol que entraba por los cristales, luego de tomar impulso en la nieve que invadía el paisaje circundante, le fue imposible fijar la vista en el papel. El poema no pudo ser leído. Frost eligió rápidamente en su memoria otro poema que consideró también apropiado para la situación, “El obsequio merecido”, con una electrizante voz para pronunciar los versos, entre los que suelen recordarse aquellos que dicen “la tierra fue nuestra antes de que nosotros fuéramos de la tierra”, una tierra que “todavía no había sido narrada, representada, mejorada, así era, eso sería”.

Dos años después, Kennedy, pocos meses antes de su asesinato, pronunció un discurso en Amherst College, Massachussets, en honor del gran poeta norteamericano Robert Frost, que había fallecido por esos días: “Cuando el poder conduce al hombre hacia la arrogancia, la poesía le recuerda sus limitaciones. Cuando el poder empequeñece los intereses del hombre, la poesía le recuerda la riqueza y la diversidad de su existencia. Cuando el poder corrompe, la poesía limpia. El artista que es fiel a su visión personal de la realidad se convierte en el campeón ultimo de lo individual y de la sensibilidad contra una sociedad opresiva y un Estado interventor”.

PRÓXIMO NÚMERO:

19

DISCURSOS

QUE CAMBIARON LA HISTORIA

Harold Pinter

DISCURSO DE RECEPCION DEL PREMIO NOBEL



"Cuando miramos un espejo, pensamos que la imagen que nos ofrece es exacta. Pero si te mueves un milímetro, la imagen cambia. Ahora mismo, nosotros estamos mirando un círculo de reflejos sin fin. Pero a veces el escritor tiene que destrozar el espejo, porque es en el otro lado del espejo donde la verdad nos mira a nosotros."

HAROLD PINTER